

EDITORIAL

Rev. J. T. Sanz Pascual

La Biblia, ¡el LIBRO más formidable, leído y editado del mundo! Pero, ¿qué es para ti? ¿Qué sabes de su origen, carácter y autoridad? ¿Reconoces a Dios como su autor, y a su contenido como tu regla de fe y conducta? ¿Quizá piensas que es producto de la religiosidad humana en contacto íntimo con un ser impersonal, externo y sublime, y que, por consiguiente, puedes poner en tela de juicio el carácter histórico, la autoridad e inerrancia de la Biblia? A ésto y otros interrogantes tratamos de dar respuesta en esta revista.

A Israel se lo ha calificado como "el pueblo del LIBRO", como la nación cuya fe y conducta se ha basado siempre en el Antiguo Testamento. Sin embargo, cumplida la gran promesa de éste, a saber, el nacimiento, vida, muerte y resurrección del Mesías, Este, por voluntad propia y para confirmación de las promesas hechas a Abraham y a sus descendientes, derribó "la pared intermedia" que separaba a judíos y gentiles, y creó de ambos pueblos "en Sí mismo un solo y nuevo hombre", y lo constituyó "linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios", que anunciara "las virtudes de Aquel que les llamó de las tinieblas a Su luz admirable" (cf. Ef. 2: 14 y ss.; 1 Pe. 2: 9-10). Por lo cual, también a la Iglesia Cristiana se la puede calificar como "el pueblo del LIBRO"; pero, en este caso, como el pueblo cuya fe y conducta no sólo se basa en el Antiguo sino también en el Nuevo Testamento: la Biblia.

Pero no resultó fácil que la Palabra de Dios quedara concretada en este LIBRO. El mismo Cristo tuvo que vérselas con quienes eran depositarios de las Escrituras. En cierta ocasión, los judíos quisieron sentar a Cristo en el banquillo de los acusados, porque Este, según ellos, contravino las reglas y preceptos del LIBRO. Pero Cristo, aunque les tuvo como depositarios del mismo, también les testificó que Sus palabras y acciones eran la prueba y el testimonio de Dios a Moisés, y que, en consecuencia, también debían ser creídas y aceptadas por quienes pudieran oírle y aceptarle como el Mesías prometido y esperado. De ahí que les dijera: "Escudriñáis las Escrituras, porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna", añadiendo inmediatamente: "Ellas son las que dan testimonio de Mi". Así que los judíos, al intentar sentar a Cristo en el banquillo de los acusados, son ellos los que se colocan a sí mismos en ese trance, y pasan a ser ellos los acusados por el mismo Moisés a quien apelan; pues Cristo les asegura: "No penséis que Yo voy a acusaros delante del Padre; hay quien os acusa, Moisés, en quien tenéis vuestra esperanza". Resulta, pues, que los judíos, en su ciega ortodoxia, no supieron leer los Escritos de Moisés y los profetas; porque, de lo contrario, Cristo no hubiera tenido que recriminarles su incredulidad:

"Porque si creyeseis a Moisés, me creeríais a Mi, porque de Mí escribió él. Pero si no creéis a sus escritos, ¿cómo creeréis a Mis palabras?" (cf. Jn. 5: 39 y ss.).

En esta revista tratamos del LIBRO más prodigioso y leído del mundo: la Biblia. Su contenido es tan esencial para la Iglesia Cristiana que podemos afirmar, que ésta es impensable sin aquella. En efecto, apóstoles y evangelistas, obedientes a la gran comisión del Maestro (Mt. 28: 18-20; Hech. 1:8), fueron por el mundo abriendo el LIBRO de la promesa (Antiguo Testamento), al mismo tiempo que ellos, con sus escritos, irían conformando -sin pensárselo siquiera- lo que ahora conocemos como el Nuevo Testamento. Así es como la Iglesia Cristiana recibe y acepta del Espíritu de Su Señor, con gran unanimidad, tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento: lo que hoy conocemos como la Biblia o las Sagradas Escrituras.

En los primeros siglos de la Iglesia Cristiana, la Biblia gozó de gran autoridad como norma de fe y vida. Esto lo avalan las innumerables citas que de ella hacen los llamados "padres de la Iglesia". Pero es preciso reconocer que este LIBRO, tanto por los idiomas en que fue escrito como por su escasez de ejemplares, prácticamente permaneció cerrado a la gran masa del pueblo cristiano; pues, aunque fue traducido al latín, este idioma también dejó de ser lengua vulgar y pasó a ser el idioma oficial de la Iglesia, y sólo dominado por la jerarquía eclesiástica romana, la cual recluyó las Sagradas Escrituras en los conventos y monasterios, haciendo uso de ellas muy parcialmente en sus rezos y liturgia. Esto originó que la Biblia perdiera la autoridad, objetivo y eficacia que Su Autor la había conferido como "poder de Dios para salvación" (Rom. 1: 16).

Pero, mediante una especial e histórica intervención del Espíritu Santo, las Sagradas Escrituras serán descubiertas en toda Su autoridad, contenido y poder por la gran Reforma del siglo XVI a cuyo movimiento iría aparejada la invención de la imprenta. Ambos acontecimientos facilitaron que el LIBRO recobrara actualidad y eficacia transformadora en y para el pueblo de Dios.

Sin embargo, apenas dos siglos después, esta situación cambió radicalmente con la aparición del movimiento de la Ilustración y la Revolución Francesa, cuyo eslogan era:

"Ni Dios, ni maestro". Entonces la Biblia, una vez más, era recluida al uso exclusivo de la "religiosidad" de unos cuantos "piadosos" que aún creían tener en ella algún consuelo y poco más.

Este paso en falso del cientismo de los siglos XVIII y XIX abrió el camino al hombre autónomo que no reparó en aplicar sus métodos crítico-históricos también frente a la Biblia. Tal actitud científica -¡si así se la puede llamar!- del hombre moderno con la cual pretende sobreponerse al objeto de su investigación, no es otra cosa que la manifestación de su soberbia que le impide reconocer la soberanía de Dios y obedecer a Su Palabra. Así fue como surgió el estudio histórico-crítico de la Biblia, y sus practicantes afirmaron y afirman que la Biblia contiene errores de toda índole, y la achacan estar plagada de relatos tomados de la mitología de los pueblos limítrofes a Israel y

tradiciones babilónicas.

Por todo esto, los que ejercen tal investigación crítica de las Sagradas Escrituras y sus corifeos de turno, no sólo pasan de largo ante la majestad de las mismas y niegan su eficacia de transformación del hombre, sino que también se revelan contra ellas y se ríen de quienes las abrazan y profesan como la única norma de vida y regía de fe.

Este estado de cosas en torno a la Palabra de Dios preocupa a muchos cristianos reformados que ven como el Maligno, mentiroso y engañador desde el principio, ha conseguido embaucar a muchos que podrían llamarse hermanos nuestros, pero que en su inconsciencia colaboran en sentar a la Biblia en el banquillo de los acusados,... y de estos se trata en esta revista. Pero, ¡LA BIBLIA RESPONDE!